

tratadas al comienzo de esta ponencia. En profundidad son objeto de reflexión en las secciones dedicadas a la "cultura y evangelización".

JOSÉ LUIS ALEMÁN, S.J.

Sacerdote jesuita. Decano de la Facultad de Ciencias y Economía en la Pontificia Universidad Católica "Madre y Maestra" (Santo Domingo, República Dominicana). Participó como miembro de la IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano.

Dirección: Apartado 822
Santiago de los Caballeros
República Dominicana

CULTURA CRISTIANA

Mons. Juan de Dios Vial Correa

En su discurso del 21 de Junio de 1991, S.S. el Papa, al delinear las tareas que habían de corresponder a esta Conferencia, decía: "...se trata de tutelar, favorecer y consolidar una "cultura cristiana, es decir que haga referencia y se inspire en Cristo y su mensaje..." (1) Llamado a tratar el tema de "Cultura cristiana", me propongo exponer argumentos en favor de las siguientes afirmaciones:

- 1.- Una verdadera evangelización lleva a un cambio radical en un cultura, y aspira necesariamente a transformarla en una "cultura cristiana";
- 2.- En América Latina, donde las culturas han sido ya iluminadas por el Evangelio, se han introducido distorsiones que las afectan en su misma médula;
- 3.- La corrección de esas distorsiones básicas es tarea impostergable de la nueva evangelización.

¿QUÉ SE ENTIENDE POR CULTURA?

La palabra "cultura" tiene dos acepciones fundamentales, a saber: la formación del individuo, y la forma espiritual de la sociedad(2). Expresado en un lenguaje descriptivo, es lo que Puebla llama "el modo particular como los hombres cultivan su relación con la naturaleza, entre sí mismos y con Dios" (3). Se trata de una relación dinámica por la cual cada sujeto es creador de la cultura, y al mismo tiempo es moldeado por ella (4).

La cultura depende fundamentalmente de la capacidad de los seres humanos de relacionarse entre sí, y por lo tanto ella configura un espacio público

de encuentro. Lo propio de este espacio es que en él se incluyen todas las acciones del hombre, incluidas su religión, sus instituciones, sus modalidades de trabajar, producir y comerciar, sus obras de arte, su ciencia, tanto como su modo de enfermarse y de morir.

¿POR QUÉ HA PASADO LA CULTURA A SER UN TEMA TAN IMPORTANTE PARA LA EVANGELIZACIÓN?

La cultura es probablemente la menos reduccionista de las categorías bajo las que se puede tomar al hombre en su doble aspecto de interioridad y de vida pública. Es incomparablemente menos reduccionista desde luego que el estado y el mercado, sitios donde habitualmente se hace presente el espacio público de nuestro tiempo. Creo que esto explica la creciente atención del magisterio a la relación de la evangelización con las culturas. Durante casi dos siglos, el tema del hombre ha surgido en el espacio público bajo categorías más estrechas, que tienden a ignorar, a soslayar, lo que es más propio e intransferible de cada ser humano. Es típico el caso del individualismo, que fundamenta todo el conjunto de la historia humana en el comportamiento de individuos que son en cierta forma entes abstractos, (análogos a los átomos de la química del siglo XVIII), cuya asociación libre, hecha por contrato, forma las sociedades. Es típico también el caso de la clase, forma del "ser genérico" del hombre, determinado por relaciones de producción, en la cual por una vía distinta a la del individualismo se llega también a perder el sentido de lo propio e insustituible de cada ser humano. Y por supuesto son también típicos los estados nacionales y otras formas de asociación regidas especialmente por una afirmación de identidad, en último término por la voluntad de poder. La noción de "cultura", supera al individualismo, tanto como a la disolución de lo humano en categorías genéricas o a su afirmación meramente voluntarista: y llega muy cerca del núcleo mismo de la persona. (5)

El dinamismo social movido por el sujeto; el descubrimiento, compartido en comunidad, de un sentido de conjunto en la realidad, son acciones de personas inteligentes y libres. Es fácil entender que no hay existencia humana imaginable fuera de este contexto, y que en verdad una vida plenamente humana sólo es posible en una cultura (6). Entonces se comprende que el Evangelio sólo puede alcanzar al hombre dentro de una cultura y a través de ella, simplemente porque al hombre no se lo encuentra en otro sitio.

DIVERSIFICACIÓN E INTERACCIÓN CULTURAL

El dinamismo intrínseco a cada cultura la lleva a diversificarse y a interactuar con

otras recibiendo y dando influencias(7). El estudio histórico de cualquiera de ellas, muestra las múltiples líneas que convergen hacia un núcleo de sentido el que luego de una persistencia variable en el tiempo, se disuelve e integra con otras corrientes históricas. Las palabras "Cultura Cristiana" no podrían entonces significar que el Evangelio llegara a identificarse con alguna forma determinada de sociedad, con exclusión eventual de las demás. *Lo que sí significa es que toda cultura está destinada a ser cambiada en su raíz por el anuncio del Evangelio, y que nosotros, aquí, y ahora, frente a nuestra realidad cultural americana estamos obligados a "tutelar, favorecer y consolidar una cultura cristiana, es decir que haga referencia y se inspire en Cristo y su mensaje..." (1)*

LA DIVERSIDAD DE LAS CULTURAS Y EL ANUNCIO UNIVERSAL DE SALVACIÓN.

Frente a las múltiples y diversas expresiones culturales, es propio de la Iglesia ser única, como única es su Cabeza que acoge lo que hay de bueno en todas las culturas. La Iglesia vuelve en forma constante a hacer presente un acontecimiento único, que es la Encarnación del Verbo de Dios, su Pasión y su Resurrección. El peso de ese acontecimiento es de tal modo único que no hay palabras que lo puedan expresar con verdad, ya que pertenece de suyo a la íntima determinación de la vida de Dios. No es una "especie" que pertenezca a algún "género" de realidades espirituales ni sociales. No se lo podría clasificar en la categoría de los hechos religiosos, como uno más dentro de ella. No se lo podría presentar como una forma eminente dentro de la categoría de las liberaciones del hombre.

Como se oye hablar mucho de "valores culturales", quisiera recalcar que ese "Acontecimiento" no es un "valor", sino una realidad. La expresión "valores", p. ej. "valores cristianos", suele ser equívoca desde que la metafísica decimonónica quiso reemplazar el "ser" por el "valor". Cuando hablamos de Dios, hablamos del que se revela como "Yo soy" (8), y si tiene "valor" es porque "es", y no puede al revés decirse que "es" porque "tiene valor" para mí o para toda la humanidad. No es lo primordial que desde una cultura un hombre valore el acontecimiento del Redentor. "En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que Él nos amó ..." (9).

Es entonces, ese carácter de realidad, no optativa, lo que hace que objetivamente no se pueda renunciar a que una cultura haga "referencia a Cristo y se inspire en Él y en su mensaje"; o sea a que una cultura necesite hacerse una "cultura cristiana". Y por mucho que todas las cosas creadas tengan un valor intrínseco y que todas las culturas gocen de esa especial dignidad que es propia de las obras humanas, no debemos olvidar que la aceptación de la fe implica un cambio

radical que puede incluso no afectar a rasgos periféricos o secundarios, pero que debe operarse precisamente en lo más esencial de una cultura.

UNA MIRADA A DOS "TRADICIONES CULTURALES" LATINOAMERICANAS

En obsequio a la brevedad me circunscribiré sólo a dos tradiciones culturales que han sido decisivas, y que están plenamente vigentes en nuestro continente, tratando de precisar tres aspectos, a saber, cuáles son sus rasgos esenciales, cómo ellos se han distorsionado, y cuál es el cambio radical que sería necesario para que llegaran a integrar una "cultura cristiana"

A.- La primera de ellas tiene su origen remoto en la evangelización de Europa a través de la cual somos tributarios del occidente cristiano. Es una línea de cultura "docta", que nos llega principalmente de Descartes con énfasis en la "certitudo", en la certeza del conocimiento, y por lo mismo en la preeminencia del sujeto que conoce. Ella ha seguido el camino histórico de la metafísica en el mundo occidental, y ha conducido a que todos los pueblos y estratos del continente se hallen sumergidos, en mayor o menor grado en la cultura científico-técnica contemporánea. Esto no es una cuestión de opciones. Todos los aquí presentes p. ej., vivimos sumidos en un mundo de instrumentos técnicos que condicionan nuestro actuar, y cada uno de los cuales nos habla, más que de sí mismo en su materialidad, de muchas redes tupidísimas de conocimientos, habilidades y transacciones que cubren todo el planeta. Espontáneamente, esto nos aparece como un bien, como un enriquecimiento del ser humano. Es evidente que los últimos siglos han traído un progreso intelectual, espiritual y material de inmenso valor para la humanidad, el que ha acentuado y puesto de relieve de modo esplendoroso su condición "creativa".

Pero mientras avanzaba el progreso, se ha ido acentuando una desviación que no era de ningún modo necesaria, por la que el hombre ha llegado a medir la verdad de su saber por la capacidad que este le otorga de apropiarse de la realidad. En la deriva de la historia ha llegado a ocurrir que todo lo que vemos o conocemos, la naturaleza, la sociedad, el hombre mismo, nos ha llegado a aparecer "prima facie" como materiales, como recursos disponibles para integrarse en un proceso general, que es más importante que los objetos que lo forman, hasta el punto de que, para asegurar la red de trabajo y de vida humana, es necesario que los objetos sean desechables y permanentemente reemplazados; y la necesidad de ese reemplazo permanente es mantenida por una propuesta constante de formas atractivas de vivir que se difunde a través de una prodigiosa cantidad de medios de comunicación masiva. En cierta forma, estos crean la necesidad colectiva que

el proceso de trabajo y producción va satisfaciendo. Tal vez como nunca antes en la historia, tiende a identificarse el mundo de ideas que se les va infiltrando a los hombres acerca de cómo quisieran vivir, y el mundo de realidades que están al menos potencialmente a su alcance para realizar esa forma de vivir. El trabajo humano es cada vez menos la obra del señor, del que domina (10). Tiende a construirse un mundo en el que todo es apariencia y todo es desechable, incluso, y especialmente, el hombre. (11) La marginalidad social es el desecho humano de una sociedad que se ha construido sobre apariencias.

La sociedad aparece entonces movida en un devenir constante que no tiene sin embargo ninguna dirección. En un pasado no lejano, los hombres buscaron el sentido de su existencia en procesos, como la evolución, el progreso, la personalización, la construcción del comunismo, etc., procesos supuestamente inexorables que marcaban un sentido, una flecha en el camino de la historia, y que suponían un bien, un valor positivo que alcanzar. Pero todas esas interpretaciones suponían jerarquías de valores, con valores superiores que regulaban a los demás. El cuestionamiento radical de la capacidad del hombre de acceder a la verdad sobre el ser de las cosas, terminó vaciando de su contenido a los más altos valores (12) y trajo como sustrato de toda realidad a la mera voluntad de poder. Es ésta la que subyace en muchos de los aspectos que lamentamos dentro del magnífico conjunto del progreso: la afirmación incondicionada del individuo, el profundo escepticismo religioso, la explotación inmisericorde de los más débiles, la mendicidad pública, la corrupción de las costumbres, nuestro consumismo, nuestro mal llamado "hedonismo", nuestra violencia ciudadana, y en último término nuestra drogadicción, nuestro SIDA. Paradójicamente, hay incluso una suerte de ecologismo panteísta, que no piensa en el mundo como la morada del hombre sino en un presunto equilibrio trascendental de las cosas naturales, lo que parece ser la forma en que termina ejerciéndose la voluntad de poder al estar privada de valores verdaderos que buscar. (13)

No sería muy convincente reflexionar sobre la evangelización de otras culturas, si no podemos penetrar en las "rationes cogitandi, criteria iudicandi et normae agendi" (14) de ésta en cuyo seno vivimos nuestras vidas cotidianas. Una "ratio cogitandi" que está en el fondo de todo este desorden introducido, que amenaza corromper los frutos más positivos y hermosos de la creatividad humana, es el olvido del valor y sentido de la verdad, y concretamente de la verdad fundamental sobre el hombre, *el olvido y la negación final de que el hombre es creatura*, que en consecuencia, para encontrar su significado, es necesario acudir al Creador y que la condición de creatura, por lo mismo que corresponde a la verdad, es fuente cierta de alegría y esperanza.

B.- La segunda expresión cultural importante a la que quiero referirme, se desprende también de la Evangelización, aunque en este caso, más específicamente de la del continente americano. Se relaciona con una manera distinta de dar cuenta del ser, que no sigue la vía de los conceptos, de las ideas "claras y distintas", sino la de las grandes inclinaciones fundamentales hacia los fines generales de la acción humana (15), un conocimiento por vía de "connaturalidad". Cito a Pedro Morandé: "Los misioneros de la primera evangelización de América Latina ... no se encontraron con culturas que hubiesen desarrollado la autocomprensión de sí mismas en el plano del discurso o del logos, sino culturas que se comprendían a sí mismas mediante la celebración del rito y la ordenación cúlrica de todas las actividades sociales... Podría afirmarse que la novedad de la evangelización de América Latina residió justamente en que la manera de asumir por parte del cristianismo las tradiciones culturales con que se encontró, no fue filosófica ni teológica sino ritual. En efecto, más pudieron los lugares de culto y de peregrinación, el calendario litúrgico y la fiesta, las paraliturgias y la representación teatral de los misterios, los sacramentos y las devociones que la exposición sistemática de la doctrina, al menos durante este primer período de la presencia de la Iglesia en medio de nuestros pueblos..." (16) Así se plasmaron formas de vivir la familia, el trabajo, la producción y la convivencia social, que han sobrevivido pese al desdén u hostilidad de la cultura ilustrada. (17). Un ejemplo singularmente interesante es el de la familia, escuela de humanidad, núcleo de solidaridad y de afectos, sitio muy especial entre nosotros, de la figura tutelar de la madre.

Recuerdo también a la forma de vivir la muerte, al rechazo a ocultarla o ignorarla, a la veneración piadosa por los muertos; a la virtud de la acogida, a las innumerables formas de solidaridad de los pobres y con los pobres; a la vitalidad del sacrificio y de la ofrenda, a la valoración de la enfermedad y el sufrimiento; a la acogida a los ancianos y enfermos, a la limosna, cosas que hemos heredado y que se han mantenido por la obra de los más humildes hermanos en la fe.

En esas instituciones, actitudes y nexos sociales, comparece un rico aspecto de la verdad sobre el hombre, de su vínculo con la naturaleza, de su fraternidad, que son en el fondo una humilde apertura hacia Dios. Pero así como la cultura "docta" está amenazada de desnaturalizarse por el olvido de que el hombre es creatura, *esta otra se halla siempre amenazada de cerrarse a la trascendencia y quedarse replegada sobre sí misma en la inmanencia*. Así por ejemplo la verdad de la ofrenda se transmuta en un "do ut des" utilitario; la fraternidad y la familia se encierran en lo emocional, el ritual ahoga el sentido del acontecimiento presente en la Iglesia. La pérdida de apertura a la trascendencia hace al hombre trágicamente vulnerable a la tentación nihilista del mundo contemporáneo.

LA REVELACIÓN DE UN SENTIDO A LA RAÍZ DE LA CULTURA

Es obvio que las dos tradiciones esbozadas son en el hecho interdependientes, y que ni aún así son capaces de dar cuenta de la compleja realidad del hombre americano, pero ellas pueden dar pie para insinuar lo que puede ser una "cultura cristiana", porque lo que ellas necesitan es que se actúe en la misma raíz donde se originaron tanto sus frutos como sus desviaciones. Esto quiere decir que se les restituya o asegure su "sentido", lo que etimológicamente significa que se las devuelva a su senda, a su camino. Lo que ha entrado en crisis es el sentido de la verdad porque la aproximación conceptual se está perdiendo en meros valores en los que se disuelve arbitrariamente el ser y la aproximación por connaturalidad se desvirtúa en lo inmanente. Les falta, como ya decía, a la primera, el sentido de la verdad de que el hombre es creatura, y a la segunda el sentido de que nuestra naturaleza está abierta a la trascendencia para que Jesucristo pueda irrumpir en nosotros.

La fe viene entonces como don gratuito a saciar un hambre de sentido y por eso es ella misma en grado eminente un factor dinamizante de cultura (19). Y la fe del Evangelio es un anuncio gozoso: ella nos dice que nuestra verdad de creaturas y nuestra apertura a Jesucristo son el camino de la verdadera plenitud.

¿QUIÉN ANUNCIARA ESE SENTIDO?

"Pero ¿cómo van a creer si no han oído hablar?" (20). La obra que el Espíritu realiza en la misión de la Iglesia, tiene una economía propia: "la primera y más importante labor se realiza en el corazón del hombre, y el modo como éste se compromete a construir el propio futuro depende de la concepción que tiene de sí mismo y de su destino. Es a este nivel donde tiene lugar la contribución específica y decisiva de la Iglesia en favor de la verdadera cultura... La Iglesia lleva a cabo ese servicio predicando la verdad sobre la creación del mundo que Dios ha puesto en las manos de los hombres y predicando la verdad sobre la Redención mediante la cual el Hijo de Dios ha salvado a todos los hombres y al mismo tiempo los ha unido entre sí, haciéndolos responsables unos de otros..." (21).

Estas palabras nos reiteran que no es posible imaginar un cambio cultural sin un sujeto que se haga su portador, y de hecho, sin un sujeto colectivo, una comunidad, que sea su portador. Y el anuncio del Evangelio es cosa muy distinta de la enseñanza de cualquier doctrina. Es algo muy diferente de lo que preconizó en su día la Ilustración, que pensó en una fe universal sin Iglesia, simple fe de la

razón, capaz de comunicarse con fuerza persuasiva, y no una fe histórica, fundada sobre hechos (22). Es también muy diferente de la idea derivada tal vez de Joaquín de Fiore de que hay estratos o grupos humanos -los pobres por ejemplo- que serían de suyo portadores y agentes de un reino del espíritu (23).

El sujeto, el agente, que es capaz de iluminar el centro mismo de nuestras culturas y crear o restituir en él su recto sentido, es la Iglesia, porque la claridad de Cristo que es la *luz de los pueblos*, resplandece precisamente sobre la faz de la Iglesia (24). La comunidad cristiana está integrada por hombres que reunidos por Cristo, son guiados por el Espíritu Santo en su peregrinar hacia el reino del Padre y han recibido la buena nueva de la salvación para comunicarla a todos (25). La Iglesia con su encargo específico, encarnado en la historia, es la que puede clarificar el sentido para las culturas humanas, poniendo en su núcleo mismo el misterio del Verbo Encarnado en el que se aclara el misterio del hombre (26). Los cristianos están llamados a buscar caminos para esa evangelización profunda de la cultura.

La primera desviación a la que me he referido más arriba, el olvido de la relación Creador-creatura, se expresa preferentemente en la cultura "docta". Sus orígenes remotos se identifican con el nacimiento de la metafísica moderna, y llevan siempre la impronta de lo "racional". Por lo mismo ella plantea un reto fundamental a la educación católica, y -creo yo- a las instituciones de educación católica y especialmente a las de educación superior donde la enseñanza debe hermanarse con la investigación. Creo sinceramente que este es un aspecto que ha sido lastimosamente descuidado por la Iglesia en nuestro Continente, y que los cristianos estamos llamados a mostrar cómo la propia razón exige que las hermosas aspiraciones de la creatividad y libertad humana que marcan al hombre moderno, sólo pueden desplegarse sobre el sostén de su condición de creatura.

La segunda desviación pone un reto a la instrucción religiosa en general, que se hace evidente si miramos al culto mariano, a la familia cristiana, a las fiestas y peregrinaciones, a la solicitud por los enfermos y ancianos, a la fraternidad vivida en las mil manifestaciones establecidas a raíz de la penetración del alma americana por la primera evangelización. Estaremos en la verdad si llegamos a entender que ellas no son frutos precarios de la sensibilidad sino expresiones de la verdad del hombre, al que hay que decirle que existe una fuente verdadera que sacia esa sed de amor y regocijo, el Dios que es Dios de todos y no sólo de la intimidad individual.

Ambas aproximaciones se necesitan mutuamente y hay una paradoja en la lógica cristiana por la que se le recomienda al mayor y más fuerte poner especial cuidado en aprender del más pequeño. Pienso que tenemos mucho que aprender de esas formas de cultura que se comprenden a sí mismas en el ritual, la

institución y la fraternidad, y que debemos cuidarnos de esterilizarlas o diluirlas, apropiándonos de ellas como si fueran objetos, por medio de la fuerza de las ciencias sociales y humanas. Así, el hombre de la cultura "docta" contemporánea sólo sabe del éxito o del fracaso, pero ignora el pecado y el perdón. Esa es la consecuencia necesaria de ignorar su condición de creatura. La piedad arraigada entre nosotros, sabe en cambio, intensamente de la culpa y la expiación. En una cultura profundamente marcada por la fe, es notable la piadosa "simpatía" por Cristo crucificado, tal como la atestiguan en nuestro siglo los escritos y el ideal de "amar y sufrir" de Teresa de los Andes (27). Tales cosas parecen locura para la sabiduría de este siglo que no entiende a los que vienen a su encuentro sabiendo sólo a Cristo y a Cristo crucificado (28).

Hay ciertamente una prueba contemporánea a la fe en América Latina que deriva directamente de la pobre medida del éxito material de nuestros países, y que consiste en atribuirle a nuestra tradición católica la incapacidad para enfrentar el desafío del desarrollo. Es una disposición muy actual, y que es especialmente acuciante en los círculos más penetrados por la vida cultural europea y norteamericana. No nos olvidemos sin embargo del fruto central de la evangelización, la multitud de almas que han creído en Jesucristo, y que han hecho de sus vidas una ofrenda sencilla de amor y gratitud. La primera evangelización del continente - con todas las sombras que se quiera - se adelantó a sus tiempos en procura de una "cultura cristiana". Y es seguramente mucho más difícil si no imposible prever el servicio que en un día que sólo Dios conoce podrá hacerle a la humanidad nuestro modo de ser americano.

LA "NUBE DE TESTIGOS"

El Dios de Jesucristo, que puede transformar desde su misma raíz nuestras culturas, las trasciende sin embargo por completo porque pone soberanamente sus reglas, y lo hace por medio de la presencia de Jesús: el amor a los enemigos hasta el punto de llegar a servirlos como el buen samaritano (30); la realidad del juicio y la identificación del juez con los pobres y desvalidos (31), la manifestación mesiánica de Jesús a quien acudían los enfermos para que los sanara y que envió a sus discípulos con el mismo encargo (32) (lo que hace - dicho sea de paso - tan inexplicable que en los documentos de nuestras Conferencias Generales, los enfermos, predilectos del Señor, y que arrastran una carga tan inhumana de dolor en América Latina reciban tan poca atención); la presencia de la vida trinitaria en la comunidad de los que se mantienen unidos en Él (33). En último término, y poniendo la opción que a todas las incluye, será la opción por el hombre, camino de la Iglesia (34), constituido en tal por la Encarnación del Verbo de Dios.

Este es el tesoro de cuya transmisión se sentían responsables los misioneros de los siglos XVI y XVII. Ellos eran perfectamente concientes de la magnitud del abismo cultural que los separaba de los indios, por más que su manera de caracterizarlo fuera muchas veces errónea (35). Eran concientes de la injusticia y la violencia que presidían buena parte del proceso de la conquista (36). Se preguntaban muchas veces si no valdría la pena renunciar a una empresa contaminada hasta ese punto por el pecado. Sin embargo, no podían renunciar a anunciar el Evangelio, y privar así a otros de la posibilidad de un bien incomparable (37). Por muchos que hayan sido los errores en una empresa inédita, esta aparece como una manifestación esplendorosa de fe que se había de ir inculturando. Sabían que traían un tesoro, aunque fuera en vasos de barro. Al recordar esta "nube de testigos" podemos entender mejor lo que celebra esta Conferencia en este año del quinto centenario: "acordaos de vuestros guías los cuales os hablaron la palabra de Dios, de quienes considerando el fin de su vida, imitad la fe. Jesucristo ayer, y el mismo es hoy y también por los siglos" (39).

NOTAS

- (1) *Discurso de S.S. Juan Pablo II a la Segunda Asamblea Plenaria de la Pontificia Comisión Para América Latina* el día 4 de junio de 1991.
 - (2) "La cultura es para el hombre. El hombre no sólo es el artífice de la cultura sino también su principal destinatario. En las dos acepciones fundamentales de formación del individuo y de forma espiritual de la sociedad, la cultura se orienta a la realización de la persona..." (*Discurso de S.S. Juan Pablo II en la Universidad de Coimbra* el 15 de mayo de 1982).
 - (3) Con la palabra "cultura" se indica el modo particular como, en un pueblo, los hombres cultivan su relación con la Naturaleza, entre sí mismos y con Dios (Gaudium et Spes 53b), de modo que puedan llegar a un nivel de vida verdadera y plenamente humano (Gaudium et Spes 53a). (*Conclusiones de la Tercera Conferencia del Episcopado Latinoamericano en Puebla*, 1979).
 - (4) Las definiciones modernas de cultura derivan de la que hizo en 1871 el antropólogo inglés Edward Tylor "... la cultura o la civilización es aquel conjunto complejo que comprende el saber, las creencias, el arte, la ética, las costumbres y toda otra aptitud o hábito adquirido por el hombre como miembro de una sociedad..."
- Este concepto sociológico y etnológico marca una diferencia importante con la

"cultura animi" de la que hablaba Cicerón, en las Disputaciones Tuscultas (TD), en un texto muy importante: "cultura animi philosophia est". El antropólogo inglés parte de la base de que cada pueblo de la tierra tiene su propia cultura, noción que parece haber sido muy ajena al pensamiento clásico, ya que la "philosophia" es por naturaleza, única.

Sin embargo, cuando Cicerón hace el elogio de la "philosophia" (TD V,2), se ve que piensa en ella en un sentido muy particular, y que se asemeja mucho a lo que hoy llamaríamos cultura: "¡oh, filosofía, guía de la vida!... Tú diste a luz ciudades, tú reuniste a los hombres que se hallaban dispersos en una vida de sociedad, los juntaste entre ellos primero por las moradas, luego como cónyuges, y por la comunidad de lenguas y expresiones... tú fuiste la que inventó leyes, fuiste maestra de costumbres y de disciplina..." Obviamente la "philosophia" que es "cultura animi", no es la filosofía en el sentido que se le suele dar hoy a esta palabra, ni es tampoco una forma exquisita y refinada de vida intelectual, sino una actividad humana fundamental en la vida social, algo muy parecido a lo que entenderíamos hoy por "cultura".

Hay sin embargo una diferencia bien fundamental con la concepción etnológica o sociológica de la cultura. En el mismo párrafo antes citado, dice Cicerón: "Un solo día en el que se actúe bien y de acuerdo a tus preceptos (los de la filosofía), es preferible a una inmortalidad en pecado..." La "philosophia" y por ende la cultura, tienen claramente una connotación de superación moral, que corresponde por otra parte al verbo del que deriva la palabra cultura, (*colo*) y que quiere decir trabajar y cultivar, pero también amar, honrar, reverenciar, adorar. Se dice "colere Deum" como se dice "colere agrum". La "cultura animi" de la cual habla el maestro clásico del humanismo, es una característica fundamental de la sociabilidad humana, precisamente porque ella busca el bien del hombre. No es éticamente neutra.

El objeto de esta diquisición es mostrar que el sentido primero de la expresión "cultura animi", comprendía el trabajo de perfeccionamiento humano, de humanización, el que supone por cierto, algún ideal o alguna meta. El hombre se perfecciona, alcanza su plenitud humana en y por la cultura. Las definiciones etnológicas modernas, por su carácter de científicas positivas, prescinden de este aspecto, el cual está sin embargo latente en toda la historia de los humanismos occidentales, y está estrechamente ligado al punto de vista desde el cual le interesa a la Iglesia la cultura.

(5) Hace unos cincuenta años que el eminente genetista Theodosius Dobzhansky hacía un paralelo entre la especie humana y el resto de las especies animales, señalando que la primera es la única en la que se observa un tipo de transmisión

hereditaria de caracteres que no se encuentra ligada a la **transmisión genética**. Para el observador desde las ciencias naturales, es esta herencia cultural transmitida por la educación, de generación en generación, la que explica los cambios en la especie humana que son muy rápidos si se los compara con el ritmo de la variación biológica. La "herencia" cultural tiene pues las mismas características de estabilidad y variación que se hacen presentes en el fenómeno biológico, pero al mismo tiempo aparece como un modo de ser característico y exclusivo de la especie humana.

No puede pasarse por alto el paralelo con aquello que para la meditación de Tomás de Aquino aparece como lo propio del hombre, lo que lo distingue de los animales cuyas vidas se desarrollan movidas por sus instintos naturales. En el Comentario "*In Libros Posteriorum Analyticorum*" (Ib 1 del nI), dice, citando a Aristóteles: "hominum genus arte et rationibus vivit". Y agrega que en este punto "toca algo propio del hombre, por lo cual difiere de los demás animales. Esta idea es desarrollada por S.S. Juan Pablo II en la afirmación preñada de consecuencias, de que "el hombre vive una vida verdaderamente humana gracias a la cultura". (*Discurso ante la UNESCO*, 2 de Junio de 1980).

(6) Eso debería advertirnos de inmediato que no parece aceptable "instrumentalizar" la cultura y tomarla como un novedoso recurso, para influir deliberadamente sobre la conducta humana, como se advierte por ejemplo en algunas "políticas culturales", en las comunicaciones de masas, y como puede ser una fuerte tentación en el caso de la evangelización. Por el contrario, el interés de la cultura para la evangelización es que ella da la ocasión de un encuentro, no de una utilización.

(7) La historia de la humanidad es la historia del nacimiento y la extinción de culturas. Es inimaginable que la interacción entre grupos humanos de culturas diferentes no traiga cambios profundos en ellas. El español o portugués americano, no es lo mismo que el peninsular, así como las culturas indígenas (aun aparte de los procesos brutales de supresión o sujeción), se han modificado de modos sustanciales, y a menudo positivos, en el contacto con los pueblos provenientes de Europa. Desde luego, la conversión de un pueblo al cristianismo trae un cambio cultural inevitable. Algunas de sus concepciones mueren, otras son reforzadas, y tal vez todas son modificadas. Nada podrá evitar que el que predica el evangelio, lo haga también "desde" una cultura dada que es la suya, y cuyos caracteres, aunque él no quiera imponerlos, no podrá dejar de proponerlos por su mera presencia.

Hay una cierta mirada "conservacionista" sobre las culturas autóctonas, que carece por completo de realismo. Ella se ve desmentida, incluso en terrenos que

no tienen nada que ver directamente con la difusión del Evangelio. En Chile, por ejemplo, los "mapuches" ("araucanos", para los españoles), constituyen una etnia importante donde se plantea a menudo la cuestión de la reivindicación de tierras usurpadas por los europeos y que son necesarias para la labranza y la subsistencia. Los mapuches son básicamente colectividades campesinas en el Chile de hoy. Pero el "mapuche" a la llegada de los españoles en el siglo XVI, vivía en una economía recolectora. El contacto de varios siglos con los europeos y los criollos, y la adopción sucesiva de técnicas (incluso de tácticas militares), de animales domésticos (el caballo, el primero de todos), de instrumentos y procedimientos de labranza, de prácticas de comercio e intercambio, etc., determinó la evolución a una economía agraria, con todas las modificaciones culturales que ello acarrea. Las reivindicaciones y rivalidades siguen más o menos patentes, pero han cambiado sus formas de expresión, su contenido explícito, etc.

En mi opinión, el respeto a la cultura ajena es parte esencial del respeto al hombre, pero eso no podría implicar la determinación (irrealizable por lo demás) de llevar a cabo una evangelización sin producir un conjunto complejo de cambios culturales. Eso se aplica también a la nueva evangelización que ha de llevarse a cabo en la cultura moderna.

(8) "Dijo Dios a Moisés: Yo soy el que soy. Y añadió: Así dirás a los israelitas: 'Yo soy' me ha enviado a vosotros..." (Ex. 3,14).

(9) "En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que Él nos amó y nos envió a su Hijo como propiciación por nuestros pecados" (1 Jn. 4,10).

(10) *Laborem Exercens* n6

(11) Cf. Gianni Vattimo. *La Fine della Modernità*, Garzanti editore 1985, y *Al di là del soggetto*. Feltrinelli editore 1989.

(12) Este destino del pensamiento fue lúcidamente anticipado por Nietzsche, especialmente en "El nihilismo europeo": "Qué quiere decir 'nihilismo'? Que los valores supremos se desvalorizan. Falta la meta; falta la respuesta al ¿por qué?". Los valores supremos que se desvalorizan son el del "sentido en todo acontecer" cuya pérdida priva de finalidad al devenir; y el de la "totalidad, la sistematicidad, la organicidad del acontecer". Pero si no hay objeto ni unidad en el devenir, la única "salida que queda" es juzgar que todo el mundo del devenir es ilusión. Esto conduce a "inventar" un mundo "más allá", el mundo de lo verdadero. Heidegger (*Nietzsche*, Gallimard ed.) ha mostrado cómo este

pensamiento nietzscheano se entronca en la metafísica europea moderna, y cómo la "voluntad de poder" es el último sustrato de una realidad despojada de sentido, de unidad y de verdad. La lectura de obras como *La Gaya Scienza* y los fragmentos de *La voluntad de poder* da la impresión de una asombrosa clarividencia sobre aspectos esenciales de la cultura contemporánea. La palabra "nihilismo" tiene todavía una connotación algo truculenta que induce a rechazarla, pero ella se limita a expresar el modo de existencia al que se ha llegado el reemplazo del ser por el valor y la devaluación de los valores más altos: la moderna "muerte de Dios"

(13) Quien haya visitado el "Foro Global" en la Cumbre de Río de Janeiro sobre Medio Ambiente (1992), pudo ver entremezcladas las dos tendencias aludidas. Por un lado una gran fuerza humanizadora, empeñada en construir la morada del hombre dentro del espíritu de *Gén. 2, 15*: "Tomó pues Yahvé Dios al hombre y lo dejó en el jardín para que lo trabajase y lo cuidase..." Pero junto a esta fuerza era fácil advertir otra que distorsionaba el recto sentido de las cosas: la biodiversidad, base de una Naturaleza saludable, se homologaba a la diversidad de culturas, y ésta a la de religiones, sectas, subculturas, todas ellas miradas como factores de un gran equilibrio, ajeno a toda valoración ética o moral que no fuera la de la preservación del mismo equilibrio. No se hacía diferencia entre las religiones, las culturas autóctonas, y algunas de esas "subculturas" (homosexuales p. ej.), que no corresponden sino a una profunda corrupción de la sociedad. El equilibrio ecológico así entendido se parece mucho a un modo de coexistencia que se constituye por la voluntad de poder o de autoafirmación de quienes lo integran.

(14) *Evangelii Nuntiandi* n 19.

(15) "En las grandes inclinaciones fundamentales hacia los fines generales de la vida humana ¿no está acaso obrando el amor ontológico por el cual cada ser tiende naturalmente a su perfección?" (Georges Cottier, *La Réflexion des philosophes, en Droits de l'homme, Approche Chrétienne* F.I.U.C. Herder, 1984). "El Magisterio entiende esta palabra (naturaleza) en un sentido muy preciso: la naturaleza de un ser es lo que lo constituye como tal, con el dinamismo de sus tendencias hacia sus finalidades propias" (*Comisión Teológica Internacional Doc. 1987. La fe y la inculturación*) "Y así como se dice que algo es natural proque es según la inclinación de la naturaleza, así se dice que algo es voluntario porque es según la inclinación de la voluntad" (*Sum. Theol. Prima Pars* Q82 Art. 1).

(16) Pedro Morandé, "Iglesia y Cultura en Latino América", 1989 pp123 ss. Ed. Asociación Vida y Espiritualidad, Lima 1989.

(17) Este es un punto accesorio que debería sin embargo destacarse. Uno de los cargos que se les ha hecho a los misioneros españoles y portugueses ha sido el de haber aplastado las manifestaciones culturales autóctonas. Más fuerte todavía y más persistente, ha sido el esfuerzo de los intelectuales de la Ilustración en adelante, (y no exceptúo por cierto a algunos teólogos católicos), para relegar al olvido a toda esa rica trama social, de símbolos y de instituciones que se tejó durante la colonia.

(18) Cf. Hans Urs von Balthasar, *Theologie der Geschichte*, Johannes Verlag, Einsiedeln, 1959. "... el "sentido (Sinn) se halla en el "andar", "perseguir", "viajar" (alemán antiguo *sinnan*), del modo como decimos que el tiempo pasa en el "sentido" de los punteros del reloj... La misma raíz (indogermánica) *sent* se puede rastrear en el "sendero" que se sigue".

(19) *Comisión Teológica Internacional. La Fe y la Inculturación. Documento 1987*: "La fe cristiana, porque trasciende todo el orden de la naturaleza y de la cultura, por una parte es compatible con todas las culturas en lo que tienen de conforme con la recta razón, y por otra es ella misma en grado eminente un factor dinamizante de cultura..."

(20) *Rom. 10: 14*.

(21) *Centessimus Annus* n 51.

(22) Kant E. *La Religión de los límites de la sola Razón*: "La fe religiosa pura es en verdad la única que puede fundar una iglesia universal, porque es una simple fe de la razón, que puede ser comunicada a todos con fuerza persuasiva; mientras que una fe histórica, simplemente fundada sobre hechos, no puede extender su influencia más allá del límite del tiempo y del lugar a los que pueden alcanzar las noticias que permiten un juicio sobre su credibilidad".

(23) De Lubac H. *La Posterità spirituale de Gioacchino de Fiore*. Jaca Book, 1981.

(24) "Cristo es la luz de los pueblos. Por ello este sacrosanto Sínodo, reunido en el Espíritu Santo, desea ardientemente iluminar a todos los hombres anunciando el Evangelio a toda criatura con la claridad de Cristo que resplandece sobre la faz de la Iglesia..." (*Lumen Gentium* 1).

(25) *Gaudium et Spes* n 1.

(26) *Gaudium et Spes* 22.

(27) Teresa de los Andes, *Diario y Cartas*. Ediciones Carmelo Teresiano, Santiago Chile, 1987. (Introducción, Revisión y Notas de Marcelo Purroy R.). Passim.

(28) *1 Cor.* 1: 22 s.

(29) Regine Pernoud (*Historie de la Bourgeoisie en France. Les Temps Modernes*. Editions du Seuil, 1981), recuerda el escrito del gobernador Fénelon, de la Martinica, a fines del siglo XVIII, quien, en plena Ilustración se refería así al problema de la instrucción religiosa de los esclavos negros: "Llegué con todos los prejuicios europeos en favor de la instrucción que se les debe a los esclavos en los principios de nuestra religión. Pero la sana política y las consideraciones humanas se oponen a ello. La seguridad de los blancos exige que se mantenga a los negros en la más profunda ignorancia. He llegado a creer firmemente que a los negros hay que tratarlos como a animales". Habían pasado casi trescientos años desde el descubrimiento de las Antillas.

(30) *Lc.* 10: 25 ss.

(31) *Mat.* 25: 31 ss.

(32) *Mc.* 1: 32; 16: 18.

(33) *Jn.* 17: 22,23.

(34) *Centessimus Annus* n62.

(35) José de Acosta *De Procuranda Indorum Salute*. Corpues Hispanorum de Pace C.S.I.C. Madrid 1984. "Más el indio, se dirá, es de costumbres desvergonzadas, se deja llevar de la gula y de la lujuria sin control alguno, y practica con increíble tenacidad la superstición..." "Y a la verdad no hay nación, por bárbara y estúpida que sea que no deponga su barbarie... si se la educa con esmero y espíritu generoso (I Viii1)" "El trabajo incansable, la penuria, la ignominia, los tormentos y en cierto modo el peligro diario de muerte acosaban a nuestros antepasados; a nosotros, sobre todo el tedio y el escaso conocimiento de la lengua, la bajeza de los naturales, una cierta soledad y desesperación" (I iv 2) "... obligados a pensar que fuera más bien la severidad divina la que deja fuera de su amor a esa muchedumbre de hijos infieles e inútiles, y que fuera la infidelidad un justo castigo de su infidelidad pasada..." (I ii 1) "... la propia

experiencia parece enseñarnos que esta infinita multitud de bárbaros indios, por exigencia de la propia perversidad, han estado apartados de la luz del Evangelio..." (I ii 1)

(36) *Ibid* "Pero además de los inconvenientes descritos, los comienzos mismos de la fe han sufrido un gravísimo y casi irremediable daño como consecuencia de la violencia y la excesiva permisividad para hacer daño..." (I, xiii, 1) "Los Españoles son los responsables absolutos de que el establecimiento del cristianismo entre los indios no haya producido hasta la fecha ni siga produciendo el resultado apetecido (I, xi 1)" "Pero hablando con exactitud y claridad, tres son los pecados que estorban sobremedera a la predicación y educación de la fe: la avaricia, la deshonestidad y la violencia..." (Ixii 1).

(37) *Ibid* "Pues para aquellos a quienes el dueño de casa aunque débiles, cojos, andrajosos e impresentables, manda invitación, por su gran liberalidad para asistir a la succulenta comida del banquete celestial ¿qué temeridad, me pregunto, qué descaro no será que se pongan los siervos a menospreciarlos a ellos que fueron los convidados, echándolos fuera, haciendo ascos de ellos?..." (I, i, 3)" Ante ejemplo tan preclaro e insigne de Cristo el Señor no hay molestias que no puedan aliviarse, ni quejas que no puedan deponerse si todavía le queda a uno algo de corazón y de razón.

"Pues no es el discípulo mayor que su maestro ni el siervo mayor que su señor" (I iii 3). "Además ¿qué argumento o prueba más contundente puede hallarse de constancia y paciencia que ese mismo hecho que a los más tanto apesadumbra de sorberse por la gloria de Cristo el desaliento de ver lo poco que parece alcanzarse después de haber trabajado tanto? Casi estoy por decir que un elogio en este solo punto emularía la gloria de los Apóstoles (I, iv, 5) "Por más que no sé qué motivo justo de queja pueda haber en que con todos nuestros esfuerzos y diligencias no logremos ganar sino muy pocas almas o por ventura una sola, cuando por ella el Señor de la Gloria, aunque ella sola hubiera existido, no hubiera dudado un momento en padecer los mismos sufrimientos..." (I, iv, 4).

(39) *Hb* 13: 7,8

JUAN DE DIOS VIAL CORREA